

HENRY D. THOREAU

EL POSADERO

Traducción e introducción de Diego Clares¹

¹ <http://thoreauencastellano.com>

INTRODUCCIÓN

Nos encontramos ante uno de los escritos peor valorados de Henry Thoreau, que ha aparecido publicado en muy pocos lugares. Además de su publicación original en *Democratic Review*, sólo lo he encontrado en las ediciones de las obras completas (Houghton Mifflin, y Princeton), entre las excursiones. También es difícil encontrar algún comentario detallado sobre el contenido de este texto, o alguna mención que ocupe más de cinco líneas¹. En su biografía, Robert Richardson sólo dice lo siguiente:

“El Posadero”, un ensayo, de estilo cercano a Charles Lamb, sobre la hospitalidad del antiguo mesonero yanqui, publicado en *Democratic Review* este octubre [de 1843], y seguramente la pieza menos característica que Thoreau jamás accedió a publicar.²

Walter Harding indica que éste es uno de los pocos escritos que Thoreau hizo pensando especialmente en las ventas. Incluso se negó a pagar para obtener una copia.

No obstante, ¿qué hay en este ensayo que nos aleje realmente del Thoreau que escribió *Walden*, “Pasear”, o “Vida sin principio”? Si sólo respondemos atendiendo al estilo, nos quedamos en una superficie demasiado vaga, pues sólo con ahondar un poco nos encontramos con ideas muy características de su autor. Es especialmente notable que tradicionalmente se haya empleado este tipo de argumentos para excluir el estudio de ciertos escritos de Thoreau, y casi nunca los opuestos para potenciarlos. En lugar de buscar motivos para incluir más obras en su canon, se han preferido motivos que las descarten: por ejemplo, sus proyectos no completados han sido rechazados, por mucho interés y empeño con que los trabajara su autor, porque son fragmentarios o bien porque las ediciones finales son sospechosas de una edición externa (como en el caso de “Noche y luz de luna”); también los ensayos de historia natural han sido desplazados durante mucho tiempo por su carácter más empírico y su estilo palpablemente menos emersoniano; y en consecuencia se ha rechazado estudiar el contenido de todos estos escritos mediante el desprecio de su forma. La situación con “El Posadero” no es especialmente diferente: aquí Thoreau es sospechoso de moverse por un interés más económico y de adaptarse a un estilo ajeno para lograrlo mejor; omitiendo que esto son sospechas y no evidencias estrictas, tales supuestos ni siquiera indican que el contenido del ensayo no sea thoreauviano. Para responder a esto hay que hacer aquello que tales

¹ A excepción de Steven Fink, a quien tengo que reconocer una muy sugerente reivindicación del valor de “El Posadero”, pese a que habitualmente no coincido con su enfoque. Más adelante haré referencia a sus comentarios.

² Richardson, Robert, *Henry Thoreau: A Life of the Mind*, Los Angeles: University of California Press, 1986, p. 141.

argumentos pretenden evitar: leer el ensayo con cuidado, comprender las ideas que propone y compararlo adecuadamente con otros escritos del autor. Por ello voy a dedicar esta introducción a dar algunas pistas al respecto y a mostrar que, al menos, este ensayo está en sintonía con muchas de las nociones desarrolladas posteriormente por su autor, con una parte de su estilo aún en formación, e incluso con algunos aspectos de su vida y experiencia personal, por lo que no puede ser despreciado deliberadamente.

El título de este ensayo, “The Landlord”, que se ha traducido como “El Posadero”, se entiende en ocasiones como “el propietario”, aunque por la descripción de Thoreau podría interpretarse también como “el patrón” o “el hospedero”. Sus connotaciones no están asociadas al hecho de poseer, sino principalmente a la hospitalidad y al hecho de acoger a otros. Es el dueño de una posada o de un hospedaje, o bien quien tiene huéspedes y clientes a su cargo, el anfitrión de los viajeros, etc. Thoreau lo envió a la revista *Democratic Review* en 1843, cuando estaba viviendo en Staten Island.

He dicho que es difícil encontrar, entre los comentadores de Thoreau, alguna referencia extensa a este ensayo. Esto no se cumple en el caso de Steven Fink, quien ha hecho una muy sugerente reivindicación de su valor. Gran parte de su argumentación consiste en derrumbar los argumentos sobre el interés económico de Thoreau que se suelen ofrecer contra el texto.

Fink plantea varias evidencias contra este argumento. En primer lugar, el argumento referente a la preponderancia del interés económico sobre el literario y el intelectual se basa en una carta en la que Thoreau indica a su madre que ha escrito un ensayo «para venderlo a *Democratic Review*»³. De aquí se ha sugerido que, primero, Thoreau lo escribió con la única intención de ganar dinero; segundo, que tal intención excluye sus intereses como escritor y transcendentalista; y, tercero, que el propio Thoreau no estaba de acuerdo con lo que había escrito. Estos juicios, planteados con detalle, revelarían un juicio contra la vocación y la integridad de Thoreau como escritor, un ataque directo contra él, por lo que no es de extrañar que, en lugar de indagar en ello, los comentadores omitan el texto, también para ocultar que están dispuestos a realizar tal juicio basado en una simple mención de un pago. Fink señala que en la carta de Thoreau no se indica todo esto, sino que «su comentario a su madre puede ser considerado más razonablemente como una nota cauta sobre el éxito que espera obtener

³ Harding, Walter y Bode, Carl, *The Correspondence of Henry David Thoreau*, New York University Press, 1958, p. 142.

más que una nota de menosprecio»⁴. La noticia sobre esta publicación bien podría haber sido una forma de hacer saber a su familia que su carrera como escritor comenzaba a prosperar, y que esperaba obtener ciertos ingresos económicos que necesitaba.

En segundo lugar, se cuestiona por qué Thoreau no compró su propio ensayo cuando se publicó. El ejemplar costaba cincuenta centavos, y Thoreau admitió en otra carta que su trabajo no valía ese precio. Se ha pensado, a raíz de esto, que el filósofo de Concord estaba rechazando el valor de su obra; no obstante, Fink indica que «Thoreau tenía aún deudas»⁵, y no podía permitirse pagar esa cantidad para tener su obra impresa. Que el precio le pareciera, dada su situación y el esfuerzo invertido, excesivo, no significa que la obra carezca por completo de valor.

Según Fink, el motivo de este menosprecio de los intérpretes es la asociación del factor monetario con una supuesta traición a sus ideas y ambiciones. Con esto, añade, se ha dejado de lado el hecho de que Thoreau también vendió otros escritos, que hizo esto durante toda su vida para sustentarse, parcialmente, con sus ensayos, por ejemplo publicando sus excursiones a Canadá y a Main, y que tal actividad no supuso en el resto de casos una renuncia a sus propósitos como escritor ni como filósofo, sino un apoyo. Fink también indica que no hay evidencia de que *Democratic Review* pagara algo a Thoreau, aunque él dijera que esperaba algún pago; en todo caso, junto a “Paraíso (para ser) Recuperado”, Thoreau «no recibió más de cuarenta dólares por ambos ensayos»⁶.

Creo, sin embargo, que hay una cuestión más profunda. El hecho de que en el caso de este texto exista tal asociación y menosprecio del factor monetario se debe a que los comentadores han hallado en “The Landlord” un escrito temprano muy contrario a la tendencia general de las publicaciones transcendentalistas. Un elogio, precisamente, de lo social y lo mundano, que han creído opuesto a la tendencia intelectual, espiritual y ermitaña de nuestro Henry Thoreau. Este prejuicio les ha impedido ver, a mi parecer, que esta obra tiene tantas confluencias con *Walden* como los escritos transcendentalistas de Ralph Waldo Emerson, y que incluso lo contradice menos.

Pero estos argumentos sólo vienen a invalidar las conclusiones precipitadas de quienes rechazan “The Landlord” como obra merecedora de interés. Para mostrar que, de hecho, tiene alguna relevancia, debemos prestar atención a su contenido.

⁴ Fink, Steven, *Prophet in the Marketplace*, New Jersey: Princeton University Press, 1992, p. 105.

⁵ Fink, Steven, *Prophet in the Marketplace*, New Jersey: Princeton University Press, 1992, p. 111.

⁶ Fink, Steven, *Prophet in the Marketplace*, New Jersey: Princeton University Press, 1992, p. 112.

Conviene señalar desde el principio que, aunque su tema no es especialmente lejano a otros que formarán parte de sus grandes obras, el modo en que lo aborda, el tipo de elogio realizado y gran parte del lenguaje empleado no parecen propios de nuestro autor. No obstante, el toque del filósofo de Concord puede verse con claridad: su sátira, su crítica contra las ideas comunes, su búsqueda de los opuestos (que tanto molestaban a Emerson), y sus ocasionales juegos de palabras. Thoreau fue perfeccionando estos elementos como una marca personal, que en sus primeros escritos se muestran de manera más roma. Fink indica que incluso la temática y el modo de abordarla están en sintonía con los primeros experimentos de Thoreau, en los que «exploró el potencial de varias formas literarias populares para transmitir sus temas fuertemente transcendentalistas»⁷. Un tema aparentemente tan común y trivial como la vivienda y la taberna contiene, de este modo, una profunda reflexión ética que conecta las ideas comunes con la filosofía transcendentalista.

Fink también comenta que la defensa de la humildad en este ensayo conecta con la crítica de la ostentación y las pretensiones que criticó en “Paraíso (para ser) Recuperado”, publicado el mismo año como una reseña a la propuesta utópica científica de Adolphus Etzler. Esto volvería a conectar ambos textos, que comparten año de escritura y publicación, el hecho de haber cobrado por ellos, y algunos conceptos morales importantes en su contenido. Si “Paraíso (para ser) Recuperado” no ha sido menospreciado, no parece claro por qué “El Posadero” sí lo ha sido. Richardson, de hecho, indica que “Paraíso (para ser) Recuperado” es una defensa del transcendentalismo ético frente al mecanicismo, y lo separa de su compañero de *Democratic Review* para situarlo junto a “Un paseo invernal”, ensayo publicado en la revista transcendentalista *The Dial* el mismo año⁸.

Queda claro que los motivos por los que el valor de este ensayo ha sido puesto en duda no tienen un fundamento sostenible en la información que tenemos sobre su publicación y la relación con los ensayos cercanos de Thoreau. Incluso en relación con obras posteriores, no es difícil ver que hay una sucesión de ideas coherentes desde las aquí expuestas hasta sus últimos escritos ético-políticos. Incluso su elogio de la filantropía del posadero, que parece quedar eclipsado más tarde por su rechazo a las distinciones filántropas cotidianas, no parece tan contradictorio a la luz de que *Walden*

⁷ Fink, Steven, *Prophet in the Marketplace*, New Jersey: Princeton University Press, 1992, pp. 106-107.

⁸ Richardson, Robert, *Henry Thoreau: A Life of the Mind*, Los Angeles: University of California Press, 1986, p. 133.

no es una obra contra la sociedad, sino contra ciertos modos de vida civilizados y la inconsciencia ética frente a las tradiciones.

Por esto podemos decir que, aunque no fuera el texto del que más se enorgulleciera, incluso aunque fuera el menor de todos en este aspecto, y sólo sirviera para pagar algunas facturas, las marcas de nuestro autor están en él y pueden ser bien valoradas. El modo en que Thoreau elogia la vida del posadero, cómo cubre sus necesidades y las de aquellos que pasan por su taberna o se hospedan allí, nos recuerda en ocasiones a la intención que manifiesta su autor en *Walden* de buscar lo necesario para vivir, lo indispensable, deliberar profundamente sobre ello y solucionar los problemas de la vida. Parece que las virtudes del buen posadero incluyen algo semejante, pues él tiene que meditar sobre cómo servir a sus huéspedes, qué debe ofrecerles, en qué cantidad, en qué momentos y de qué modo. Por ello el posadero debe encargarse de resolver muchos de los problemas de la vida, o al menos los más indispensables.

El texto es especialmente curioso sobre todo a la luz que ofrece la biografía de su autor: Es ineludible la relación de la taberna descrita por Thoreau con su propio hogar, y del posadero con sus padres, y en particular con su madre. Ella trabajó desde niña haciendo este tipo de servicio, cuando su madre (la abuela de Henry, por la rama de los Dunbar) se vio obligada, tras la muerte de su padre en la guerra de independencia y posteriormente de su marido (el reverendo Asa Dunbar), a convertir su casa en una taberna. Posteriormente, la casa de los Thoreau se convirtió en un hospedaje, donde estuvo, entre otros, Phineas Allen, profesor en la Academia de Concord cuando estudiaban allí John y Henry Thoreau. Durante mucho tiempo, éste fue el principal ingreso económico de la familia, hasta que abrieron su fábrica de lápices.

Por otro lado, esta experiencia familiar poco tenía que ver con los años que pasó hospedado en la casa de los Emerson, donde era él quien se encargaba de la mayoría de tareas de la casa, del jardín, incluso de los hijos. Era un empleado, pero, durante las largas ausencias de Waldo, ocupaba prácticamente el lugar del cabeza de familia, motivo por el cual se ha especulado ampliamente, con algunas evidencias al respecto, sobre su relación platónica con Lidian Emerson.

Este ensayo permite conocer más de cerca al Thoreau relacionado con la casa, con su hogar familiar e incluso con su cabaña junto a Walden, más internamente de lo que nos narra en su obra clásica. Aquí aparecen sus sentimientos, por ejemplo, hacia la cocina, que se relacionan íntimamente con algunos fragmentos de sus diarios, muy

posteriores, en los que describe, por ejemplo, el modo en que los gatos de su casa se adaptaban a la vida doméstica y desarrollaban un gusto por el calor de la cocina.

Aunque son capaces de aguantar el frío, pocas criaturas aman más el calor o descubren antes dónde está el fuego. El gato, ya llegue a casa mojado o seco, se apretuja directamente bajo el fuego de la cocina, y calienta sus sesos allí, si se lo permiten. Si el gato está en la cocina, es más probable encontrarlo bajo el fuego.⁹

El posadero no es un hombre de gran intelecto, ni fiel a la naturaleza, sino un habitante de la sociedad, un individuo práctico y de cualidades públicas. El elogio que hace Thoreau de este personaje no está dirigido a su conexión con el conocimiento ni con un bien espiritual, sino con las virtudes sociales y cotidianas, con las necesidades materiales. Thoreau llega incluso a dirigirse con cierta burla al “hombre de genio”, el de gran intelecto, que es “como un perro con un hueso, o el esclavo que se ha tragado un diamante”. ¿De qué le sirve para su vida real? —Y tal vez esto alarma más a los comentadores de Thoreau, dedicados en especial a la vida literaria en vez de a la vida real; mientras que en *Walden* siempre pueden hallar resquicios para remitir incluso las referencias más cárnicas y vitales a una metáfora sobre la creación poética.

Pero en este ensayo hay un elogio tan extremo de las virtudes sociales que Thoreau parece proponer, en realidad, una doble burla: de quien evita el contacto social por un lado, pero, por otro, también de quien no tiene privacidad alguna ni siquiera en sus pensamientos ni en sus placeres. Ensalzando esta figura habitualmente menospreciada por los intelectuales, y en su contexto por los transcendentalistas, Thoreau no parece querer situarla como algo muy superior sino, más bien, marcar algunos puntos por los que es mejor o más valiosa, y sugerir con ello cierto equilibrio, empleando una oposición radical en el sentido contrario al habitual, manteniendo ese estilo paradójico que marca especialmente algunos de sus primeros escritos. Al mismo tiempo, radicalizando el elogio hasta el punto de la burla, nos expone con el mismo recurso los aspectos más criticables del individuo que vive públicamente y para los demás. En muchos puntos observamos, precisamente, los comportamientos opuestos a los que él mismo describirá de su vida en los bosques, y cuyo beneficio puso en duda, como no querer estar a solas, no apreciar la soledad, leer los periódicos, o no desarrollar gustos y pensamientos particulares. No obstante, el lado opuesto también es problemático desde la perspectiva de *Walden*, ya que el “hombre de genio” no se siente

⁹ Thoreau, Henry D., *The Writings of Henry David Thoreau. Journal*, vol. XIV, Boston: Houghton Mifflin & Co., 1906, p. 342.

entusiasmado por la vida humana ni natural, sólo quiere retirarse, en un acto que recuerda a la soledad emersoniana a la que Thoreau se opone al afirmar que encontró, incluso en los elementos más naturales, cierta compañía y amistad.

El tipo de personalidad que describe en el posadero se situaría muy cercana a aquella de Alek Therien, el leñador canadiense que conocería en los bosques, cuyas capacidades para el pensamiento abstracto y para los placeres privados eran muy escasas, y que dedicaba su vida, por el contrario, a satisfacer las necesidades generales de la vida y disfrutar de las cosas comunes y cotidianas, y tenía un pensamiento tan sencillo que era completamente sincero y transparente ante cualquiera que conversara con él. En *Walden* encuentra problemas a esta personalidad, que le parece en cierto grado infantil, y exige en los siguientes capítulos del libro mayor profundidad en la reflexión sobre la propia vida. No obstante, algo del elogio a la personalidad salvaje de Alek Therien, y también a la sencillez del posadero, quedó reflejado en su más elevada filosofía, incapaz de desprenderse de la necesidad de vivir sencillamente y estar en contacto con nuestros instintos y satisfacer necesidades naturales, aunque a través de una adecuada deliberación.

Finalmente podemos concluir que el texto no es un elogio completo hacia el posadero, sino la sugerencia de que su vida tiene aspectos más valiosos que la vida puramente intelectual y, en consecuencia, una burla hacia las posiciones extremas respecto a los modos de vida. También es, más aún, una burla contra las pretensiones teológicas y la condena religiosa contra aquellos que disfrutan de los placeres cotidianos de la vida. Thoreau advierte que, si los dioses se interesaran por la vida humana, estarían de acuerdo en que ésta no se encuentra en los templos religiosos sino en las tabernas, y allí habría que invocarlos para que nos escucharan. «La iglesia es el lugar donde se transmiten las oraciones y los sermones, pero es en la taberna donde tienen efecto».

EL POSADERO

Bajo una única palabra, casa, se incluye la escuela, el asilo, la cárcel, la taberna, la residencia; y el cobertizo más mediocre o la cueva en que viven los hombres, contiene los elementos de todo esto. Pero en ningún lugar sobre la tierra está la casa completa y perfecta. El Partenón, San Pedro¹, la catedral gótica, el palacio, el templo², son sólo ejecuciones imperfectas de una idea imperfecta. ¿Quién podría residir allí? Quizá a ojos de los dioses la choza es más sacra que el Partenón, pues bajan la mirada sin favoritismo sobre los santuarios dedicados formalmente a ellos, y que deben ser los techos más sagrados que acogieran a la mayoría de la humanidad. Seguramente, entonces, los dioses que están más interesados en la especie humana presiden la Taberna, donde especialmente se congregan los hombres. Parece que veo los miles de santuarios erigidos para la Hospitalidad brillando a lo lejos en todos los países, tanto los mahometanos y los judíos como los cristianos, los khanes y los caravasares³, y las posadas, donde todos los peregrinos acuden sin distinción.

Asimismo, busco en vano hacia este u oeste sobre la tierra para encontrar al hombre perfecto; pero cada uno representa sólo alguna excelencia particular. El Posadero es un hombre de simpatías más abiertas y generales, que posee un espíritu de hospitalidad que es su propia recompensa, y alimenta y acoge a hombres por puro amor a las criaturas. Con seguridad, esta profesión está tan a menudo llena de personalidades imperfectas, y que también la han buscado por motivos indignos, como cualquier otra, pero por ello debemos premiar más al sincero y honesto Posadero cuando lo encontramos.

Quién no se ha imaginado para sí mismo una posada en el campo, donde el viajero realmente *reposara*⁴, y en su hogar, y en su tasca, quien estuvo antes en su propia casa⁵;

¹ Es decir, la basílica de San Pedro.

² En el texto original: “hovel”. Aunque en un lenguaje más coloquial se refiere a una vivienda humilde, también tiene el sentido de “templo” o “santuario”, y particularmente se relaciona con el tabernáculo, en el caso del judaísmo.

³ Esta terminología podría ser confusa, ya que es más habitual referirse a los khanes o kanes dentro de la cultura mongola. Thoreau, no obstante, parece referirse a unas construcciones características de Oriente medio, de zonas desérticas donde las caravanas se detenían mientras iban de viaje por comercio o por peregrinaje. Esta construcción es el caravasar, pero también recibía el nombre persa de “khan”.

⁴ En el texto original, Thoreau hace un juego de palabras entre “inn” (posada) y “feel in” (que puede tener diversas interpretaciones, pero en general se relaciona con sentirse cansado y, también, descansar o reposar).

⁵ Thoreau está haciendo un juego de palabras entre “public house” (expresión que se emplea para referirse a un bar o una tasca) y “private house” (es decir, la casa de uno mismo).

Es importante señalar también que la estructura de la oración es bastante inusual, y no queda del todo claro el sentido que tiene cada parte en el conjunto, aunque he intentado traducirlo de la forma más abierta posible para múltiples interpretaciones. Por mi parte, entiendo que hay dos cuestiones: en primer

cuyo anfitrión es un *anfitrión*, y un *dueño del terreno*⁶, un auto-proclamado hermano de esta especie; llamado a este lugar, además, por todos los vientos del cielo y su buen genio, tan sinceramente como llaman al predicador para predicar; un hombre de tales simpatías universales, y tan ancha y genial naturaleza humana, que podría sacrificar con agrado las tiernas pero angostas ataduras de la amistad privada, por una amistad amplia, brillante, en lo bueno y en lo malo⁷ hacia su especie; que ama a los hombres, no como un filósofo, con filantropía, ni como un gerente de los pobres, con caridad, sino por una necesidad de su naturaleza, igual que ama a perros y caballos; y en pie ante su puerta abierta desde la mañana hasta la noche, atendería de buena gana a más y más de aquellos que llegan por la carretera, y nunca estaría saciado. Para él el sol y la luna son sólo viajeros, uno por el día y otro por la noche; y también frecuentan su casa. Para su imaginación todas las cosas que viajan rescatan a su letrero y él mismo; y aunque hayas sido su vecino durante años, sólo te mostrará la cortesía⁸ de la calle. Pero por otro lado, mientras las naciones y los individuos son similares en egoísmo y exclusión, él ama a todos los hombres por igual; y si bien trata a su vecino más cercano como a un extraño, ya que ha invitado a todas las naciones a compartir su hospitalidad, quien más lejos ha viajado es en alguna medida cercano a quien lo acoge en el seno de su familia.

Mantiene una casa de ocio con el letrero de Caballo Negro⁹ o Águila Extendida¹⁰, y son conocidos a lo largo y ancho, y su fama viaja aumentando su alcance cada año. Todo el vecindario le concierne, y si el viajero pregunta la distancia hasta una taberna, recibe alguna respuesta como ésta: “Bien, señor, hay una casa a casi tres millas desde

lugar, la posesión de una posada u hostal donde puedan descansar los viajeros; y, en segundo, una descripción más precisa, o un nuevo detalle, sobre el alojamiento, es decir, el hecho de que alguien (que tiene su propia casa pero que está de viaje) se hospede allí.

Además, en la edición de las obras completas aparece una interrogación que cierra esta parte, separándola también con un guión del resto de la oración. No hay interrogación en la versión de *The Dial*, aunque la estructura es interrogativa, y no parece exigirlo al ser una pregunta retórica.

⁶ En el texto original: “*a lord of the land*”, descomponiendo la expresión que da título al ensayo (*landlord*).

⁷ En el texto original: “*fair-weather-and-foul*”. En el texto de *The Dial* hay, aparentemente, una errata, ya que no aparece el tercer guión (sí en la edición de las obras completas), por lo que puede parecer que “*foul*” se encuentra separado del resto de la expresión, y confundir el sentido en conjunto.

⁸ En el texto original: “*civilities*”. Lamentablemente, no encuentro una mejor palabra para traducir este conciso y sugerente concepto, las civilidades o comportamientos cívicos, o la amabilidad propia de quien convive en sociedad.

⁹ En el texto original: “*Black Horse*”. Esta expresión, como “*Dark Horse*”, se refiere en un lenguaje coloquial a una opción o una oportunidad sobre la que se tienen pocas esperanzas. En otro sentido, también se referiría a una habilidad o capacidad secreta e inesperada, que puede hacer cambiar el curso de los acontecimientos en el último momento. Podría hacer referencia, en este sentido, a encontrar un lugar inesperado en el que descansar.

¹⁰ En el texto original: “*Spread Eagle*”. Se usa habitualmente en la forma “*spreadeagled*”, con el sentido de estar tumbado y con todas las extremidades extendidas. El nombre parece hacer referencia al descanso absoluto, a tener un sitio donde tumbarse.

aquí, que no ha descolgado aún su letrero; pero hay sólo diez millas hasta la de Slocum, y es una casa magnífica, para el hombre y la bestia". A tres millas pasa por una barraca deprimente, alzándose desolada tras su letrero, ni pública ni privada, y se puede entrever a una pareja que ha perdido su vocación. A diez millas ve dónde se alza la Taberna — realmente una expectativa de *entretenimiento*—, tan pública y tentadora que sólo la lluvia y la nieve no entran. No es un pabellón tan llano y sincero como un caravasar; localizado no en Tarrytown¹¹, donde recibes sólo las cortesías del comercio, sino lejos en los campos, ejercita una primitiva hospitalidad, en medio del aroma fresco del heno reciente y las frambuesas, si estamos en verano, y el tintineo de los cencerros desde pastos invisibles; pues es una tierra que rebosa leche y miel¹², y la leche más fresca cruza por un ancho y profundo arollo a través del local.

En esos lugares retirados la taberna es ante todo una casa —en otro lugar, después de todo, o nunca— y calienta y cobija a sus habitantes. Es tan simple y sincera en lo imprescindible como las cuevas en que moraban los primeros hombres, pero es igualmente tan abierta y pública. El viajero pasa a través del umbral, y ¡mirad!, él también es su dueño, pues aquí sólo puede llamarse propietario de la casa a quien se comporte en ella con mayor propiedad¹³. El Posadero se retira a la naturaleza, en mi imaginación, con su hacha y su azada cortando árboles y cultivando patatas con el vigor de un pionero; con la energía de un Prometeo haciendo que la naturaleza aumente su producción para abastecer las necesidades de muchos; y no está demasiado agotado, ni da pasos cortos, sino que sale a ofrecer incluso en la carretera su amplia hospitalidad y publicidad¹⁴. Seguramente, ha resuelto muchos de los problemas de la vida. Entra por la puerta de atrás, sosteniendo un tronco recientemente cortado para la chimenea sobre su

¹¹ Esta ciudad portuaria de New York era bien conocida por su comercio, y además había sido popularizada desde 1820 por "La leyenda de Sleepy Hollow", de Washington Irving.

¹² Toda esta expresión, y en general la última parte del párrafo, es una referencia al Éxodo bíblico, donde Dios promete a Moisés liberar a su pueblo de la esclavitud y conducirlos a una tierra donde mana o rebosa leche y miel (véase Éxodo 3:8, 3:17, 13:5, 33:3; y también Jeremías 11:5, 32:22). Pese a que tradicionalmente se ha traducido esta expresión en nuestro idioma como "manar", he preferido adaptar la traducción. El texto en inglés dice "flowing", que en un sentido arcaico puede entenderse como estar abastecido o tener abundancia. El verbo "rebosar" incluye precisamente estos dos sentidos, tanto el de manar o fluir como el de abundar.

¹³ Aunque no he encontrado esta expresión recogida en el castellano actual, hay muchos casos a lo largo de la literatura hispánica en los que la expresión "comportarse con propiedad" o "actuar con propiedad" se entiende en el sentido de tener decoro, decencia, y hábitos correctos o adecuados a la posición social. En el mismo sentido, Thoreau utiliza "propriety", que se traduce a menudo por "corrección" o "decencia", relacionándose léxicamente con "propietario" ("proprietor").

¹⁴ En este caso, hay que restar todo lo posible al concepto sus connotaciones propagandísticas. Se refiere al hecho de ser público, o al carácter público y abierto del lugar. Ésta es, de hecho, la primera acepción de la RAE, "cualidad o estado de público".

hombro con una mano, mientras da la bienvenida a los viajeros recientemente llegados con la otra.

Finalmente aquí tenemos un campo libre¹⁵, no como en palacios, ni cabañas, ni templos, y en ningún lugar molesta. Todos los secretos de las labores domésticas se exhiben ante los ojos de los hombres, arriba y abajo, delante y detrás. Éste es el camino necesario de la vida, han confesado los hombres, en estos días, ¿debería merodear y esconderse? Y ¿por qué deberíamos sentir alguna grave repulsión en las cocinas? Quizá son los recovecos más sagrados de la casa. Ahí está la chimenea, después de todo —y el arcón¹⁶, y la leña, y el caldero, y las banquetas¹⁷. Tenemos recuerdos placenteros de ellos. Son el corazón, el ventrículo izquierdo, la parte más vital de la casa. Aquí la vida auténtica y sincera que encontramos en las calles estaba realmente alimentada y cobijada. Aquí arde la candela que alegra al viajero solitario por la noche, y desde esta chimenea asciende el humo que habita el valle ante sus ojos por el día. En conjunto, un hombre no puede estar tan poco avergonzado de cualquier otra parte de su casa, pues aquí está su sinceridad y compromiso, al menos. No puede ser aquí donde se empleen más las escobas —no es aquí donde se necesitan, pues el polvo no se posará en el suelo de la cocina más que en la naturaleza.

Por lo tanto no será apropiado para el Posadero poseer una naturaleza demasiado delicada. Debe tener salud para superar los accidentes comunes de la vida, sometidos a dolencias nada modernas; sin gusto, más que un vasto deleite o apetito. Sus sentimientos sobre cualquier asunto llegarán tan libremente como sopla el viento; nada privado o individual hay en ellos, aunque aún sean originales, pues son públicos, y del color de los cielos sobre su casa —una cierta evidencia y transparencia exterior que no admite discusión. Lo que hace, sus modales no admiten queja, aunque en abstracto ofendan, pues es a lo que se dedica el hombre, y en él se manifiesta la especie. Cuando come, él es el hígado y los intestinos, y todo el aparato digestivo ante la comitiva, y así todos admiten que la cosa se ha hecho. No debe tener idiosincrasias, ni preferencias o

¹⁵ En el texto original: “free range”. Debe entenderse en un sentido simbólico. En inglés, la expresión también puede designar a los animales criados en libertad.

¹⁶ En el texto original: “settle”. No he encontrado un equivalente en castellano al tipo de asiento al que se refiere Thoreau. Se trata de una especie de bancos de madera altos, con respaldo y un baúl en la parte inferior.

¹⁷ No estoy seguro de esta traducción, aunque es la que más coherente me parece. Encontré este sentido del término que emplea Thoreau, “crickets”, y que comúnmente se refiere a los grillos. En el diccionario Webster, de 1828, aparece una definición secundaria del término como un taburete pequeño o banqueta, relacionado con “crutch” (soporte). También, por la sucesión de los elementos mencionados, tiene cierto sentido: al hablar primero de un lugar de almacenaje, después de la leña, del caldero (que se pone en el fuego) y, finalmente, de los asientos (para esperar o sentarse alrededor).

tendencias particulares para esto o aquello, sino un desarrollo general, uniforme y saludable, tal como su grueso cuerpo indica, ofreciéndose a sí mismo igualmente en todos lados a los hombres. No es uno de vuestros pálidos y poco hospitalarios hombres de genio, con gustos excepcionales, sino que, como dijimos antes, tiene un deleite uniforme, y un gusto que nunca aspira a algo mayor que el letrero de una taberna, o recordar una veleta. El hombre de genio, como un perro con un hueso, o el esclavo que se ha tragado un diamante, o un paciente con cálculo renal, se sienta lejos y retirado, fuera del camino, pasa el rato sin muestras de entusiasmo hacia el hombre y la bestia, y dice, con todas las posibles insinuaciones y signos, ‘deseo estar a solas—adiós—me despido’. Pero el posadero puede permitirse vivir sin privacidad. No alberga pensamientos privados, no aprecia los momentos de soledad, ni los días de descanso, sino que piensa —lo suficiente para afirmar la dignidad de la razón— y habla, y lee los periódicos¹⁸. Lo que no dice a un viajero, lo dice a otro. Nunca quiere estar a solas, sino que duerme, se despierta, come, bebe, sociablemente, aún recordando a su especie. Camina hacia todas partes en los pensamientos de los hombres, y la Ilíada y Shakespeare son domésticos para él, que escucha los duros pero familiares acontecimientos de la calle por medio de todos los viajeros. El correo puede llegar a atravesar su mente en medio de su más aislado soliloquio, sin interrumpir su serenidad, facilitando que obtenga abundantes noticias y viajeros. No puede cometer *sacrilegio* si no está en un lugar sacro¹⁹, y el mundo entero puede ver claramente a su alrededor. Tal vez sus límites cayeron en lugares más polvorrientos, y heroicamente se ha sentado donde se unen dos carreteras, o en las Cuatro Esquinas, o los Cinco Puntos²⁰, y su vida es sublimemente trivial para el bien de los hombres. El polvo del viajero golpea siempre sus ojos, y mantienen su mirada clara, confiada. Cada hora y cada media hora, cada día y cada semana, da vueltas por senderos muy desgastados, rodeando de nuevo su casa, como si fuera la meta de un estadio, y aun así se sienta dentro con una serenidad imperturbable, sin mostrar retraimiento. Su vecino vive tímidamente tras una protección

¹⁸ El periódico era, en general para los transcendentalistas y ya antes para muchos cristianos unitarios, una fuente de opiniones comunes y poco fiables, que no traían más que un entretenimiento vago e insustancial, sin contenido intelectual destacable. Thoreau fue durante toda su vida un ferviente crítico de los periódicos, junto a las obras puramente divulgativas y las grandes enciclopedias.

¹⁹ Una traducción más estricta sería: “No puede ser *pro-fano* si no hay tras él un fano”. Un fano, término completamente en desuso, se refiere a un templo. Precisamente, es el mismo juego que emplea Thoreau con “*pro-fanity*” y “*fane*”.

²⁰ “Five Points” es un antiguo barrio de Manhattan habitado, hacia mitad del siglo XIX, principalmente por pobres. Aunque no es seguro que Thoreau se refiere específicamente a ello, sino en general a la confluencia de cinco calles; al igual que las Cuatro Esquinas se dan al cruzarse dos calles o unirse cuatro.

de álamos y sauces, y una valla con haces de picas a intervalos regulares, o defendida contra las tiernas manos de sus visitantes con púas afiladas —pero el carro del viajero traquetea en el umbral de la taberna, y chasquea su fusta en la entrada. Está realmente contento de verte, y es tan sincero como el ojo de buey sobre su puerta. El viajero intenta encontrar, allá donde va, a alguien que mantenga esta relación basta y católica con él, alguien que sea un habitante de la zona para el extranjero, y represente su naturaleza humana, como la roca manifiesta su naturaleza inanimada; y así es él. Como su pesebre abastece al caballo del viajero, y su despensa suministra provisiones para su apetito, así su conversación aporta el alimento necesario para su espíritu. Sabe muy bien lo que quiere un hombre, pues él mismo es un hombre, y de algún modo el viajero más lejano, aunque nunca se haya movido de su puerta. Comprende sus necesidades y su destino. Estará bien alimentado y alojado, no cabe duda, y tendrá la pasajera simpatía de una compañía alegre, y de un corazón que siempre vaticina un clima favorable. Y, después de todo, los hombres más grandes, incluso, quieren mucho más la simpatía que cualquier cosa que puedan obtener, más que lo que sólo los grandes pueden transmitir. Si no es el más recto, concedámole este elogio, pues es el más directo²¹ de los hombres. Tiene una mano para estrecharla y que se la estrechen, y muestra un interés enérgico e incuestionable en ti, como si hubiera asumido cuidar de ti, pero si vas a romperte el cuello, incluso te dará el mejor consejo respecto al método.

Los grandes poetas no han sido ingratos con sus posaderos. Mi anfitrión de la posada Tabard, en el Prólogo a los Cuentos de Canterbury, hacía honor a esta profesión:

“Nuestro Anfitrión, era un hombre atractivo, además,
Por lo cual podría regentar incluso un palacio.
Era un hombre corpulento, de ojos grandes;
No hay ciudadano en Chepe²² más honrado:
Valiente al hablar, y sensato, y muy educado,
Y no carecía de la adecuada hombría.
Más aún, era un hombre bastante bromista,
Y tras la cena comenzó a entretenernos,
Proponiendo variados temas divertidos,
Cuando ya habíamos pagado lo debido.”²³

²¹ En el texto original: “downright”. Es difícil encontrar una traducción que refleje todo lo que Thoreau pretende con este concepto. Primero, porque su sentido es arcaico (directo, sincero, en un sentido llano o simple), y segundo, porque en el contexto se contrapone a “upright” (recto, o bien prominente, ilustre, etc.). En este sentido, el posadero no tiene las cualidades intelectuales y refinadas para ser una persona *recta*, o ilustre, pero sí las sociales y cotidianas para ser *directa*, o sincera.

²² Es una abreviación de “Cheapside”.

²³ Chaucer, Geoffrey, *Los Cuentos de Canterbury*, parte I, “Prólogo General”, vv. 753-762.

Es el verdadero administrador, y el centro de la compañía —de mayor hermandad y talento para la práctica social que cualquiera. Tanto lo es, que propone que cada uno cuente una historia para pasar el tiempo hasta Canterbury, y los dirige él mismo, y concluye con su propio cuento:

“Ahora, por el alma de mi padre muerto,
Aticen mi cabeza si no les divierto:
Alcen sus manos sin decir más.”²⁴

Si no admiramos al Posadero, miramos por encontrarlo ante toda emergencia, pues es un hombre de infinita experiencia, que une la maña con el ingenio. Es un personaje más público que un hombre de estado —un publicano, y no necesariamente un pecador²⁵; y seguramente él, más que cualquiera, debe ser exonerado de los deberes tributarios y militares.

Hablar con nuestro anfitrión es mejor e instructivo para hablar después con uno mismo. Es un soliloquio más consciente; por así decirlo, para hablar en general, y para probar lo que diríamos al tener un auditorio. Él es indulgente y atento, y no exige aclaraciones insignificantes y detalladas. “¡Ay!”, exclama el viajero. Esos son mis sentimientos, piensa mi anfitrión, y se prepara para lo que puede venir a continuación, expresando la más pura simpatía en su conducta. “¡Está cayendo fuego!”²⁶, dice el otro. “Un tiempo duro, señor —estos días no animan mucho”, dice él. En todo caso, es demasiado sensato para contradecir a su invitado; le deja seguir, le deja viajar.

Se despidió de su último inquilino²⁷ de pie, lejos en la noche, preparado para vivir estos momentos, cuando los días amanecen y atardecen; y su “buenas noches” resuena con tanto brío como su “buenos días”, y el primer amanecer lo encuentra saboreando

²⁴ Chaucer, Geoffrey, *Los Cuentos de Canterbury*, parte I, “Prólogo General”, vv. 783-785.

²⁵ Esta referencia debe entenderse en un contexto bíblico. Los publicanos, en la Antigua Roma, eran personajes públicos que se encargaban de recaudar impuestos; aportaban el dinero exigido por la zona de la que se hacían cargo, y después recuperaban su dinero pidiendo la aportación de sus vecinos. Los primeros cristianos se caracterizaban por una férrea oposición a Roma manifestada en múltiples aspectos, entre otros en la negativa a pagar los impuestos, por lo que consideraban que los publicanos cometían un pecado al realizar este trabajo. En este sentido, parece que Thoreau se refiere a que el posadero, en su labor social, está aportando su trabajo, intermediando públicamente para el bien general, a la espera de que el esfuerzo y el dinero invertido le sea retribuido.

²⁶ En el texto original: “Hot as blazes!” Al margen de la exactitud de la traducción, se trata de una expresión coloquial para indicar que hace mucho calor. En castellano se utilizan habitualmente otras como “un calor de perros”.

²⁷ En el texto original: “sitter”. La traducción habitual, actualmente, es justo la contraria de la que aquí se supone: el cuidador, e incluso el propietario que se encarga de algo o de alguien. No obstante, el fragmento no se entiende con tal interpretación. En el diccionario Webster, de 1828, encuentro que el término no tenía aún tal sentido, y se refería más bien al hecho de que alguien tomara asiento (para sí mismo o para otro), y también a las aves que se sientan para empollar sus huevos. En este sentido, entiendo que Thoreau se refiere a aquél que ha encontrado asiento, o alojamiento, en la taberna.

sus licores en el bar antes de que las moscas vengan zumbando, con un semblante fresco como el lucero matutino sobre el suelo pulido —y no como quien ha buscado viajeros durante toda la noche. Y aún, si las camas fueran el tema de conversación, parecería que ningún hombre ha dormido más profundamente en esta era²⁸.

Finalmente, respecto a su carácter moral, no vacilamos en decir que no hay en él una pizca de vicio o maldad, sino que representa justo ese grado de virtud con la que todos los hombres disfrutan sin estar obligados a respetarla. No es un hombre bueno, como sí lo son sus bebidas²⁹ —una bondad incuestionable. No es lo que se llama un buen hombre —bueno para tenerlo en cuenta, como una obra de arte en las galerías y museos— sino un buen paisano, es decir, bueno para asociarse con él. ¿Quien pensó alguna vez en la religión del mesonero —si estaba unido a la Iglesia, participaba en el sacramento, hacía sus plegarias, temía a Dios, o algo similar? Sin duda ha tenido sus experiencias, ha sentido un cambio, y es un firme creyente en la perseverancia de los santos. En lo último, sospechamos, yace la peculiaridad de su religión. Pero regenta una posada, y no una conciencia. ¡Cuántas dulces caridades y sinceras virtudes sociales están implicadas en esta ofrenda diaria de sí mismo hacia el público!³⁰ Alberga buena voluntad para todos, y ofrece al caminante tan buenos y honestos consejos para dirigirlo en su camino como el sacerdote.

Para concluir, comparemos favorablemente la taberna con la iglesia. La iglesia es el lugar donde se transmiten las oraciones y los sermones, pero es en la taberna donde tienen efecto, y, si la primera es buena, la última no puede ser mala.

²⁸ El orden de las ideas expuestas puede resultar confuso. Thoreau parece referirse a que el posadero es enérgico, y tiene una gran capacidad para descansar y levantarse antes del amanecer. Esos momentos, el alba y el ocaso, son cruciales para su trabajo, y por ello procura tener todas sus capacidades en estado óptimo.

²⁹ En el texto original: “bitters”. Se refiere a un tipo de bebidas o refrescos amargos y aromáticos, habitualmente alcohólicos.

³⁰ Esta exclamación, que me ha parecido más adecuada dado el adverbio intensificador inicial, no aparece en la versión publicada en *Democratic Review*, sino en la edición de las obras completas de 1906.